

Redacción. Desde las once de la mañana a las cuatro de la madrugada.
Administración. Desde las siete de la mañana a las seis de la tarde

Teléfono n.º 27

Oficinas: Santo Cristo 14 y Campana 2.

La Almudaina

DIARIO DE LA MANANA •• AVISOS Y NOTICIAS

Miércoles 18 de Febrero

PRECIOS DE ABONO

	Posetas
Un mes	2
Extranjero (trimestre)	10
Número suelto	0'10
id. atrasado	0'15

Nuestros toreros



Jaimito Pericás, en su brillante actuación en el tentadero de don Vicente Tomé

COLABORACION

Desde Barcelona

Lo mismo que en Nueva York.—La divertida historia del teatro barcelonés que no quería nadie y ahora se disputan los empresarios.

La verdad es que en España estábamos muy mal de pimentita bambalinesca. La vida teatral se desenvolvía con una placidez inexplicable. Los empresarios administraban cuidadosamente sus teatros. Los artistas cumplían su cometido. En fin. Fuera de los escenarios no pasaba nada. Entre tanto, en Norteamérica, las bailarinas aseguran sus pantorrillas por millares de dólares. En París, un cantante reclama a su empresario una indemnización fabulosa. A un dramaturgo inglés le roban el original de una obra maestra que acababa de escribir. Todo esto con fotografías, ruido, escándalo y la consiguiente espectacularidad.

Pero ya está rota la marcha. En Barcelona hay ya un asunto teatral que da juego, del que son protagonistas dos empresarios y la Compañía concesionaria de un inmueble. Tenemos pleito en puerta. El asunto empieza a dar juego y vamos a explicarlo. Sigamos un orden.

El Teatro Goya ha vivido en estos últimos años, mucho más tiempo cerrado que abierto. Tenía «jettatura». Na die lo quería. Cuantos fueron a él, agotaron su paciencia o sus dineros, sin conseguir que el público se decidiera a entrar.

Hasta que un empresario, don Luis Foyé, un hombre moderno que conoce bien los negocios teatrales y ha desenvuelto varias iniciativas de este género, más por entusiasmo que por negocio, decidió arrendar el Goya, el «funesto» Teatro Goya. Lo arrendó por tres meses, desde el primero de enero, con opción a la prórroga. Y, en efecto, enseñada, lo prorrogó por otros tres hasta fin de junio, pero reservándose, igualmente, el derecho de prórroga sobre otro postor.

Y el señor Foyé, decidido a levantar de su abandono el teatro, comenzó su obra. Arregló la fachada. Rehizo las instalaciones eléctricas. Puso un magnífico letrero luminoso a la puerta. Como este letrero había de marchar con corriente alterna y el teatro tiene instalación de continua, adquirió un transformador para que pudiera lucir. Pintó todos los departamentos. Empapeló los camerinos. Las bombillas tristes de la sala fueron sustituidas por otras nuevas y rutilantes. El patio de butacas lució una alfombra magnífica. Y se alfombraron los pasillos. La calefacción no funcionaba. Dispuso una instalación que tuviera el teatro a una temperatura estependa.

No contentó con todas esas reformas, que importaban un buen puñado de miles de duros, don Luis Foyé llevó a la práctica sus procedimientos modernos, con respecto al personal. Un empleado del teatro no puede tener ni

barba ni bigote. Lo hizo saber. Y aquel día, algunos hombres llegaron a sus casas sin su magnífico bigote de puntas, dando una sorpresa a la familia. Vistió a todos con uniformes correctos. A la puerta, dos botones, uniformados «a la dernière» se encargan de abrir y cerrar las puertas de los coches. En la sala hay otro botones para lo que los espectadores deseen mandar.

Y comenzó su actuación. Y empezó a obrarse el milagro. La primera Compañía fue la de Irene López Heredia. Con una propaganda oportuna, el público abandonó su actitud de abandono y puso, de nuevo, sus ojos en el Teatro Goya. Durante un mes ha sido la Mesa y centro de los teatros barceloneses. La sala se ha visto constantemente llena y a su puerta se han detenido los grandes automóviles de chófer galoneado.

Como es natural, este éxito repercute en el ambiente de los negocios teatrales y sobre este Teatro Goya que antes se ofrecía a todos y todos rechazaban, van a dirigirse las miradas de los empresarios. Varios postores quieren contratarlo para el día en que termine el compromiso de don Luis Foyé.

Y ya estamos en el pleito que se debate. Uno de estos empresarios, el señor Pordomingo, de Valencia, hace una oferta y firma contrato para el día primero de julio. La noticia se hace pública. Y don Luis Foyé se presenta a reclamar sus derechos. En su contrato tiene derecho sobre todos, a la prórroga. ¿Hubiera, de otro modo, realizado obras tan importantes para plazo tan breve?

Se ha firmado un contrato sin consultársele a él, como parece legal, si deseaba prórroga. Naturalmente, la deseaba y la exige. El señor Foyé tiene en su poder el contrato que lo estipula así en una cláusula y es evidente que mientras él quiera, nadie podrá arrebatarle el derecho. El señor Foyé tiene, pues, razón. Pero no es menos cierto que el señor Pordomingo ha solicitado el Teatro de la Empresa que legalmente había de arrendárselo y ha firmado el documento legal que se lo otorga desde el día primero de julio. Ese día, el señor Foyé no querrá abandonar su legítima empresa y el señor Pordomingo querrá tomar posesión de su legítima empresa, también. ¿Qué pasará?

En esta situación están las cosas. A uno de los dos habrá que atender. La propiedad del Teatro está obligada a cumplir sus dos compromisos y como ello es imposible, la disyuntiva es la de arreglar el asunto por vía amistosa o esperar a que decidan los Tribunales. Los dos empresarios

han acudido a sus abogados y han recibido idéntica contestación. Su reclamación es legítima.

Pero, si el asunto se resuelve en seguida la divertida historietta perderá emoción. Si estos empresarios fueran de París, de Londres o de Nueva

York, el «affaire» Goya se complicaría mucho más, tomaría caracteres vodevilescos. Y todos nos divertiríamos muchísimo. Un vodevil sin pagar la butaca.

Félix CENTENO

COLABORACION

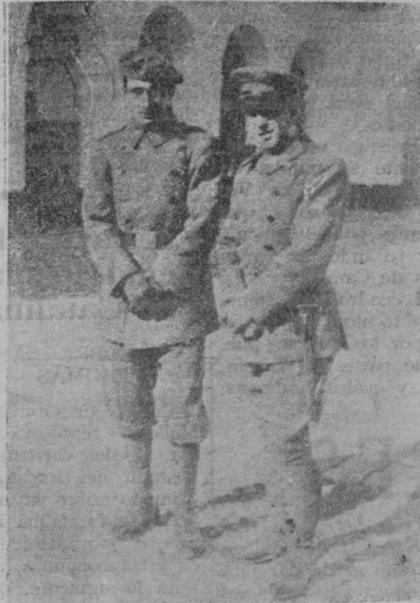
In memoriam

Fornaris ha muerto! La noticia me dejó anonadado! Mi niñez, mi adolescencia y parte de mi juventud había tenido muchísimos puntos de contacto con la vida del maestro, para que la triste nueva no produjera un desgarramiento en mi ya dolorida alma. Había sido mi segundo padre; lo había sido de todos sus discípulos.

Fornaris ha muerto... pero su recuerdo perdurará eternamente en la

memoria de todos aquellos alumnos, numerosos por cierto, que tuvimos la suerte de tener un tan gran maestro, a todos cuantos recibimos de él, educación y cultura. Todo Son Servera llora en estos momentos a su querido maestro; al que por espacio de 38 años, día por día, se dedicó a formar, de sus hijos, verdaderos ciudadanos.

Toreros soldados



Los matadores de toros valencianos Enrique Tortes y Vicente Barrera, en el patio del cuartel de Mallorca, donde prestan sus servicios militares

como si fueran oficiales, en los que, y por hacer honor a la gran laboriosidad del maestro, con tanto tesón disputábamos los primeros puestos? Y aquellos célebres concursos de caligrafía, que hicieron que imitando to-

dos su preciosísima letra, tengamos todos en la muestra el sello o matiz de la suya, aunque nunca por nosotros igualada? Y aquellos cursillos en las vacaciones de verano, para no olvidar lo aprendido, como decía él, también sin retribución, y sí sólo por el amor al arte, a la ciencia y a su profesión?

Descanse en paz, el estimado y admirado maestro, y ten por bien seguro que tus desvelos, tus grandes y extraordinarios trabajos, han dado sus frutos. Gracias a tí, por la semilla que en nuestros tiernos cerebros inculcaste, nos hemos dedicado al trabajo con grandes afanes; gracias a tí, por la semilla que en nuestros tiernos corazones sembraste, amamos la paz, la familia, el orden, la ley y la justicia.

Gracias a tí, el pueblo que instruíste y educaste, desde los 20 años en que empezaste tu labor cultural, a los 58, en que la Parca te nos arrebató, se encuentra en un nivel intelectual superior a muchos pueblos de mayor vecindario. Gracias a tí, cuenta Son Servera con una pléyade de hombres que han triunfado en Institutos y Universidades, y que sobre todo lo demás, se han destacado por lo sólidos que fueron sus conocimientos en materias de primera enseñanza, hasta el punto de merecer muchos de ellos, la admiración y hasta la felicitación del tribunal que los examinó en ingreso.

Gracias a tí, que seguramente sin tí no hubieran sido cuenta con nombres como el Dr. Sancho; sacerdotes, como Lliteras y Servera; médicos, como Aguiló de Son Servera, Pedro Lliteras, Sebastián Sancho, Melchor Santandreu y Pedro Servera; farmacéuticos, como Gaspar Aguiló (q. e. p. d.), Miguel A. Servera y Francisco Aguiló; veterinarios, como Caldentey, hijo; profesores, como Sancho, Sebastián, peritos mercantiles, como José Caldentey; náuticos, como Antonio Llull; maestros, como Juan Llull, José Lliteras, Fornaris y Monerrate Santandreu; militares, como Juan Nebot, y Antonio Servera, etc. etc., y otros muchos que sin pasar por las Universidades y Academias, han triunfado en Son Servera mismo, como excelentes e inteligentes artesanos y agricultores, y lo propio en las lejanas tierras de la América del Norte y del Sur, y en tierras que fueron hasta hace poco españolas, de Cuba y Puerto Rico, gracias a la constancia, honradez, laboriosidad y espíritu de ahorrador que en su juventud supiste inculcarles. Y das ejemplo a la sociedad y al mundo entero, que no es necesario ocupar un puesto preeminente

EL HUMOR AJENO



—Lo que más me molesta cuando tomo el tren es tener que decirle al tío de la taquilla donde voy. (De «Ric et Rac», de París).

